

co, estilizando lo esencial del habla del huaso, para reflejar su idiosincrasia instintiva".

Sabido es que la palabra "crisis", de la que se deriva el término "crítica", significa juicio, esfuerzo, distinción. En nuestros días, "crítica" es el arte de distinguir lo bueno de lo malo, lo bello de lo feo. Y se ha convertido en norma de conocer la verdad. Hacer crítica literaria exige condiciones de cultura, de independencia y una facilidad de síntesis".

El prólogo de Milton Rossel tiene jerarquía literaria y un claro sentido de dignidad crítica. En efecto, antes de releer las obras de Eduardo Barrios interesa conocer la postura en que se ha colocado uno de sus buenos lectores.

"Zig-Zag" ha llevado a cabò una edición cuidada, meticulosa, magnífico ejemplo editorial.

Vicente Mengod.

<https://doi.org/10.29393/At399-1MOVMI0022>

Montoneras, por FRANCISCO VEGAS SEMINARIO. Editorial
Mejías Baca. Lima

Ha sido el Perú la sede original de una elevada cultura precolombina. Sus escritores cultivaron los temas de pretéritas grandezas. Hoy día, en su marco estético caben las corrientes literarias de toda índole y valor. Anotemos algunos nombres recientes.

Enrique A. Carvallo escribió *Cartas a un turista*, considerada como la mejor novela psicológica peruana.

Rafael de la Fuente Benavides desata el surrealismo en la literatura peruana con su obra *La casa de cartón*.

José Ferrando cultiva la novela naturalista. Su obra más notable se titula *Panorama hacia el alba*. Famosas son las producciones de Ciro Alegría. Su libro *El mundo es ancho y ajeno*, equivale a la epopeya del indio peruano.

Julio Garrido Lalaver es costumbrista. *La guacha*, novela, fue premiada en los Juegos Florales Universitarios de Lima.

Francisco Vegas Seminario adquirió inmediato renombre con una colección de cuentos: "Chicha, sol y sangre". Publicó después una novela dramática de contrastes, con figuras de inteligente humor. Su título, *Montoneras*, animado friso de situaciones bélicas populares, recurso para estudiar en profundidad la psicología del hombre peruano, cuadro de costumbres, en cuyos cielos polvorientos existen llamaradas y sombras, odios ancestrales y amores.

Montoneras se inicia en forma autobiográfica, discurre en función del tiempo, a veces recoge datos pretéritos. El plan novelístico se ha trazado con rigor. Ciertos factores subalternos hacen que los hechos discurran con celeridad o que lleguen a remansarse. Y entretanto el autor, con suma facilidad y campechanía discursivas, anota, analiza, formula juicios y dispone la fina estructura de los diálogos, siempre vivos, no forzados, de natural alumbramiento. Su técnica nos recuerda la de los mejores costumbristas hispanos.

Nos presenta a uno de los personajes máximos para que discurra por un

escenario sabiamente dispuesto: "Llegó hasta el traspatio y se plantó agestado y mudo, bajo el tamarindo esperando la vuelta del peón. Me impresionó el hacendado, pareciéndome más alto, tal vez porque no lo veía desde el año anterior. Era delgado, musculoso y de agilidad felina. Sus hondas pupilas llameaban bajo el matorral de las cejas, su barba en punta de agareno errante le afilaba el rostro voluntarioso y altivo, y el endrino cabello, escaso en el extremo de la frente, se le enmarañaba en la parte posterior del cráneo".

Los movimientos políticos del Perú, referidos a una época de turbulencias, entonan el despliegue de una fábula de amor. Podría decirse que los cuadros exultantes de Mariano Azuela, en "Los de Abajo", tienen en las páginas de Vegas Seminario, un acento más concreto, más limitado, sin duda, pero de gran profundidad anímica. También es notoria la huella de Benito Pérez Galdós, sobre todo en la disposición de las escenas, en los comentarios que las acciones sugieren.

El personaje que asume el papel de voz narrativa tiene constantes atisbos de noble romanticismo nostálgico. "Mi ciudad —advertid que digo ¡mi ciudad!— es dorada. Dorada por el sol y ensalmada por la luna. Calles alegres, plazuelas románticas e iglesias prestigiadas por la pátina de los siglos".

Pasará la guerra, el lector habrá conocido el campo y los yermos peruanos, sabrá de las costumbres populares, escuchará el habla popular con sus juegos idiomáticos, metáforas truncas, elisiones que son producto de un lento acarreo expresivo. *Montoneras* tiene factores de ese costumbrismo hispanoamericano, que los tratadistas signan con diversos calificativos.

Todos los hilos de la novela se afirman hasta formar una bien labrada trama. Más allá de la aventura múltiple, queda danzando en los cielos un tema de amor, visto con exactitud, ejemplo de análisis psicológico. Un excelente castellano confiere prestancia a este libro, considerado como uno de los recientes logros de la literatura peruana. Francisco Vegas Seminario ha novelado las posibilidades heroicas del hombre.

V. M.

Las Furias y las Virgenes, por LAUTARO YANKAS. Ediciones Meridión. Santiago de Chile, 1962

En literatura es frecuente la flexibilidad de los autores para excursionar por distintas vetas temáticas. Podríamos citar muchos nombres que nos afirmarían esta aseveración. En Chile es un poco peligroso salirse de las fronteras geográficas en que se ambientaron las acciones de las primeras obras. Tendemos a parcelar el territorio literario, a adjudicar "rincones" inviolables.

Es el caso de Lautaro Yankas con su última novela *Las Furias y las Virgenes*. Emigra de los campos sureños, deja a los nativos debatiéndose en su ya inveterada tragedia y se viene a la ciudad, siguiendo acaso su propio camino vital. Es indudable que sus obras anteriores rezuman emoción, cariño por el tema y los personajes, lo que contrasta con esta nueva novela, donde encontramos un lento accionar y un afán destacado de criticar la sordidez del ambiente y sus "refinamientos".